

*- Amaneceres con aroma a mi tierra -*



*Alfredo García López*

Eran la cinco de la tarde, en aquel pueblecito del sur de España. Un viejo castillo se elevaba sobre una colina, estoico, sin dejarse vencer por el paso del tiempo; aunque, marcado de lejos, se veía, por las cicatrices de su obra. Un calor que otrora había sido agobiante, menguaba su poder ante la inevitable noche. Una cédula de llamada, un sollozo contenido, un mantón que cae por el piso, un niño, pues aún es un niño, que solloza en el regazo de su madre.

- Hijo es la guerra, tu país te necesita, debes enfrentar esta dura prueba como un hombre, que lo eres, no tengo dudas.
- 
- Hijito mío, Madre de los Dolores, no quiero que te vayas de mi lado, no quiero dejarte partir.
- Calla mujer, calla, el destino está jugado y debe ponerle el pecho y no sollozar como cobarde.

El puerto estaba a varias leguas de aquel pueblito murciano, llamado Lorca, y la familia García había prosperado con florecientes cosechas en la campiña murciana. Alfredo García López, un apuesto jovencito con marcado aire español, de carácter recio, como todo hombrecito que en ese entonces se preciaba de tal, había trabajado aquel año duramente y sus frutos se veían en aquella próspera cosecha. La vida torcía su destino. ¿Qué haría?, ¿Cómo podía evitar aquel designio que su existencia le planteaba? Pues él, aunque de porte varonil, aún no se sentía capacitado para enfrentar los rigores de una cruenta guerra, tenía miedo, sollozaba como niño y no lo podía evitar.

Su madre, valientemente, tomó de madrugada unas cuantas pertenencias de su hijo, las puso en la desgastada valija que su padre le supo regalar antes de morir, e irrumpió de repente en la habitación de Alfredo. Secó la madre las lágrimas de aquel

niño-joven, lo acarició tiernamente, sus manos dibujaron la suave silueta de su rostro, besó su frente, con aquel dulce beso de una madre angustiada y puso en su bolsillo un fajito de dinero y su viejo anillo de familia, recuerdo de tantas generaciones pasadas. No hicieron falta palabras para corolar aquella escena, solamente un: "Cuídate, niño mío."

Todo estaba entendido, partió el joven-niño, cruzó el patio de su casa y enfiló por la calle ancha, pasó por enfrente de la casa de los Sancho, quienes al ladrido de los perros se asomaron para ver que pasaba. Nada más hacía falta, aquella familia que tanto lo había ayudado, hoy le daba, como la suya, el último de los adioses con un beso soltado al aire y un sollozo cargado de amor. "Que Dios y la Virgen te acompañen mi niño, que su manto nunca te deje de cobijar."

El día se mostraba diáfano en el puerto, varias leguas había transitado Alfredo esa madrugada para llegar allí, cansado, temeroso, buscaba el primer barco que partiera hacia el Nuevo Mundo y allí estaba el "Madre María", dispuesto a zarpar para las costas brasileñas. Quedaba poco tiempo y debía iniciar los papeles rápidamente, antes de que la cédula de llamada del reclutamiento llegara al puerto. A la tarde de aquel día resonaban los ecos de la bocina del barco, que ya surcaba las aguas raudo y seguro hacia el paraíso esperado. Las aguas, rompían impávidas, ante el coloso y su mente divagaba entre penas y alegrías. ¿Cómo estaría su padre?, ¿qué vergüenza debería sentir de él?; pero: qué feliz debería estar su madre, pues aunque se alejaba de su lado, por lo menos lo conservaba con vida. Se sentía avergonzado de no poder cumplir con su tierra, pero era muy joven para dejar que sus sueños y anhelos de toda una vida, se hicieran añicos detrás de un fusil. Miró con cariño el anillo que su madre le pusiera en el bolsillo y lo apretó fuertemente en su puño, mezcla de rabia y de añoranza que ya comenzaban a torturarlo en su mente.

Esa mirada solo dice algo, niño -le dijo un viejecito que pasaba por allí-. Míralos a todos, miran a su tierra con nostalgia, y pena. Pero tú, la miras de otra forma, mezclas la pena con la ira; el remordimiento, con la bronca de saber que quizás no la vuelvas a ver más. No importa hijo, vive tu vida, la has elegido y por ello debes vivirla plenamente. Has tomado una gran decisión y debes llegar hasta las últimas consecuencias, luego verás si estuviste acertado o te equivocaste, pero lo importante es que ocurra cualquiera de las dos cosas, lo maravilloso es que lo hiciste tú y tienes derecho a equivocarte. Si todos entendieran esto, sabes qué feliz sería el mundo. Mira, la vida es demasiado corta para vivirla lleno de remordimientos, de penas, vívela feliz, Dios así lo querrá.

La pobreza se hizo extrema allí en esas tierras murcianas, toda España estaba ceñida por un cinturón de hambre y miseria, que cada vez comenzaba a apretar más; era la guerra. En la casa de los García ya no se vivían épocas de tanta abundancia, pero sí se habían comenzado a anticipar los nubarrones negros, que desunían a los esposos, por la repentina partida de Alfredo.

Algunas calles más abajo, en la casa de sus amigos, la familia Sancho, la situación se estaba tornando cada vez más difícil. La comida escaseaba y a diferencia de los García

ellos no tenían tierras donde sembrar. Habían hecho un terrado, sobre el techo de la casa, donde sembraban las hortalizas que consumían a diario y cada maceta, antes ocupada por magnolias y verbenas, hoy descoloridas, soportaban el crecimiento de algún pimiento o de una planta de tomates. Ya nadie quería darles trabajo, pues no lo había y la comida era cada vez más escasa. El embarazo de Pepa ya estaba adelantado y una nueva criatura se iba a sumar a las bocas que su esposo debía alimentar. Los García les alcanzaban, cada tanto, alguna que otra mercadería que ellos agradecían de corazón.

La música, la música, era lo único que los consolaban, las jotas resonaban por las galerías de su casa, sólo interrumpidas por el estrépito de algún disparo perdido, de aquella guerra sin fin.

- Mira Pepita he recibido carta de Alfredo, le va muy bien en la América, si hasta dice que ya no sueña en volver. Come bien, todos los días manjares distintos, se fue a un país llamado Argentina donde los campos y las chacras parecen no tener fin. Dice que a diferencia de aquí, cuando se tira la basura, brotan las plantas de pimiento y los tomates les llenan las manos. Aquello es todo un vergel.
- ¡Cuánto me alegro, no sabes lo feliz que me haces, al saber que tu niño está tan bien!
- ¿Porqué no pruebas, Pepa?, aquí la cosa está tan dura, ¿porqué no te vas para el nuevo mundo?, quizás allí tengan más suerte.
- Sabes que no es mala idea, pero es tan duro despegarse del terruño, no sé.

La situación empeoró. El hambre los acosaba y la decisión era inminente. Con los últimos ahorros, los García compraron la casa de los Sancho y así éstos partieron. Antes de irse, pasaron por la gruta de la Virgen de la Fuensanta y descansaron en sus cuevas al abrigo del sol. Un gran trago de aquel manantial cristalino, una última plegaria y ya solo les esperaba, el inmenso océano por atravesar.

El barco se meneaba juguetón y las náuseas del embarazo de Pepa, se mezclaban con los de la travesía. Su embarazo peligraba y la fecha de parto estaba cada vez más próxima.

Una comadrona que viajaba junto con ellos en el barco, no perdía pisada de la joven Pepa y la cuidaba como a su propia hija, noche y día sin cesar.

Una mañana, cuando el sol aún no salía por el horizonte, el llanto de una hermosa niña, resonó poderoso por toda la embarcación. Pepa, había dado a luz tendida en cubierta, y miraba a la lejanía el sol que nacía como su pequeño bebé, María Sancho Padilla.

El puerto de Buenos Aires se abría franco al abrigo del sol que nacía, la tierra próspera los aguardaba, aunque nadie más estaba allí para darles la bienvenida.

Las cosas en América no fueron fáciles para los Sancho, aunque la tierra era buena, no era fácil conseguir un campito y eran tantos los inmigrantes, que todo escaseaba; aunque esto, no se asemejaba a la dura situación que vivían en España. Aquí sobraba la comida, aunque costaba conseguirla.

Pronto María creció lozana y ya estaba lista para enfrentar la vida con sus primeros pasitos y palabras; dura fue su realidad, pues su padre enfermó y murió.

Todo iba cada vez peor para Pepa, la joven mamá. Recordaba aquellas tardes de jotas y muñeiras de su tierra y aquello la consolaba solo un poco, aunque no la dejaban vivir. Recordó también a los García, sus amigos, y se dio cuenta que no sabía que había sido de Alfredo, que también estaba en Argentina. Lo último que sabía de él era que había partido para Córdoba, pues allí les prometieron campos y hacienda que cuidar.

Tomó una dura decisión y partió para Córdoba, buscando mejores rumbos.

Los recuerdos de Alfredo la ayudaban a vivir. ¿Cómo estaría de grande?, ¿sería ya todo un hombre?, ¡qué hermoso volverlo a ver! Camino a Córdoba, le hablaron de un pueblecito que acababa de formarse, un caserío nada más, que estaba prosperando cada día. Le dijeron que eran unas tierras muy ricas, en las que llovía seguido, y se podían trabajar fácilmente.

La vieja carreta que la había traído, se detuvo, quejumbrosa, en una localidad a la vera del río Segundo y desde allí, solo le restó caminar la última decena de kilómetros, hacia Lozada, aquel pueblecito del que le habían hablado.

El pueblo se divisaba ya a lo lejos, un caserío pequeño, pero que para esta familia era quizás el más bello castillo. Deambulando, de casa en casa procurándose refugio, llegó la noche. Pepa, se acercó al viejo boliche, para tratar de conseguir un lugar para pasar la noche y quizás también para trabajar con sus hijos. Pero por más que pregunto la respuesta siempre fue negativa, todos los cosecheros, tenían sus ranchos llenos de inmigrantes que venían a trabajar, quizás solo por la comida.

Desahuciada, se acomodó detrás de un gran árbol, al costado del boliche. Todos cayeron en un sueño ligero, fruto del cansancio de tantos días de viaje y fue allí cuando un hombre de bigotes espesos y alargados se acercó a la familia y les dijo:

- “Señora, señora, no tienen donde dormir, porque no se vienen a mi casa, está cerca y en algún lado podemos ubicarlos”.

Sobresaltada, se incorporó. La voz le sonó conocida, buscó entre sus recuerdos y cuando parecía conocerla, se vio súbitamente sorprendida, ¡no podría ser él!. Trató de ver su rostro, pero las sombras de la noche se lo ocultaban, se acercó, alargó su mano y tocó su cara. El hombre se mostró sorprendido, ante esa actitud y la interrogó:

- ¿Le pasa algo señora?

Ya no quedaban dudas era él, era Alfredo, qué maravillosa coincidencia, tantos kilómetros los habían separado y se encontraban en esta noche, en este pueblito perdido, así por esas cosas que tiene el destino.

- ¡Hijo mío!, ¡bendito sea el rostro que hoy veo y la bondad que te acercó a mi!
- ¡Pepa!, ¡Pepa querida!, ¡madrecita mía, que hace por aquí, tan sola y tan abandonada!
- Es larga mi historia hijo.
- Pero venga Pepa, venga para mi casita y allí vamos a comer algo y hablaremos largo y tendido.

La noche pareció no pasar nunca, los dos se miraban extasiados no pudiéndolo creer. Habían sido tan amigos y hoy se volvían a encontrar a tantos kilómetros de distancia. Alfredo se puso muy triste al enterarse que Don Sancho había fallecido, pero su felicidad al encontrar alguien de su tierra murciana era aún mayor. Recordaron el viejo poblado de Lorca, su imponente castillo, recordaron aquellas tardecitas por Murcia, llenas de flores que le daban al ambiente ese aroma tan particular.

Pero al tiempo la desgracia se volvió a apoderar de aquella familia. La fiebre tifoidea se extendía por toda la Argentina a pasos agigantados. Era una terrible epidemia, que dieztaba poblaciones. Sus víctimas, desvariaban por las altas temperaturas, hasta que sucumbían a su poder. María no se salvó de tal mal. Cuando parecía que todo se había solucionado para Pepa y sus hijos, tenía que soportar esto. Los médicos, que Alfredo había traído desde Córdoba, ya nada podían hacer. Se esperaba su muerte para cualquier momento y tanto Pepa como Alfredo, corrían con trapos fríos para calmar la alta fiebre de la adolescente. Cuando todo parecía haberse acabado, cuando ya casi ni respiraba, otro quejido les hacía saber que aún permanecía con vida. Uno de los médicos, entregó a Alfredo una ampollita y le dijo:

- Póngasela, ya no hay nada por hacer.

El joven la guardó en su bolsillo, sin entender si aquello era una medicina, un calmante, o si aceleraría un proceso inevitable. En ese momento, atinó a pasar por allí el viejo farmacéutico del pueblo, quién al ver la ampolla le dijo:

- Mire amigo mío, guarde en lugar bien seguro esto, póngalo en el rincón más alejado de su casa, detrás de un cuadro y luego veremos que hacemos con ella; por ahora dejen a la joven en mis manos.

Comenzó el hábil profesional, un drástico tratamiento de inmersión en agua caliente y posteriormente en agua fría; repitiendo el proceso innumerable cantidad de veces al día, hasta que el cuerpecito de la joven estaba tan enrojecido que parecía ampollarse. Esto duraba siempre hasta que anochecía. Una noche, la larga madrugada se hizo más larga aún, los dos murcianos cuidaban de María con diligencia, aunque el sueño fue venciénolos hacia el amanecer. Sobresaltados al canto del gallo, ambos se despertaron y la vieron muy pálida, volaba de fiebre, casi ni respiraba. Ambos se acercaron presurosos a su lado, le hablaron y nada contestó. Parecía que todo había llegado a su fin, Pepa lloraba en los brazos de Alfredo cuando una tenue voz los sorprendió.

- Mamá, Alfredo, tengo sed.

Los dos viejos amigos saltaron de emoción, María había recuperado su conciencia, ¡estaba viva!, ¡viva! No podían creerlo, se abrazaron a la niña y la llenaron de caricias y besos. Alfredo no tardó de darse cuenta lo importante que era para él María, comprendiendo que la amaba.

Los preparativos de la boda estaban en plena marcha. El humilde vestido, los anillos, la fiesta, cuántas cosas deberían preparar aún. Parecía mentira que María estuviese tan repuesta.

Se casaron por la tarde y las rondas de tapas no se hicieron esperar. El cura del pueblo, entonado, no dejaba de prodigar bendiciones y las comidas típicas murcianas no dejaron de desfilar.

Los hijos no tardaron en llegar a la joven pareja, uno de ellos era mi madre, Trinidad Sancho García, que con el tiempo se casó con Juan Vera Barceló, mi padre. Los recuerdos de su España nunca dejaron de habitar en la mente de Alfredo que los guardaba cariñosamente en un rinconcito de su alma. Solían pasar largas tardes abrazados mirando la puesta del sol y escuchando las historias, que de su pueblo, Lorca, les contaba Alfredo a los niños y a su propia esposa. Pero lo único que calmaba sus recuerdos, era una costumbre que Alfredo, guardó hasta su muerte y era levantarse bien temprano en invierno y a la hora de la salida del sol, contemplarlo largo rato hasta que se elevara en el cielo.

Él decía, que en invierno el sol salía por el noreste, lugar donde estaba su tierra querida y les explicaba a sus hijos que quizás cuando el sol salía aquí en Argentina, estaba poniéndose allí en su Murcia, y así recordaba a su madre querida y también a su rudo pero no menos querido padre. Apretaba fuerte en su puño el anillo de familia, único recuerdo de ellos, hasta que el sol naciente, decía él, le servía de mensajero para comunicarse a miles de kilómetros de distancia, con aquellos que dejó hacía tantos años y a los que nunca volvió a ver.

*Walter Vera García*